

## Libros contra al exceso

Daniel INNERARITY\*



“Vuestra cantidad es ya un insulto”

Stefan George

Una de las quejas más antiguas de la humanidad es aquella que lamenta la desmesura de lo escrito, su cantidad arrogante. Desde el inacabable número de los libros que es motivo de maldición en el “Eclesiastés”, o la reticencia de Platón hacia la palabra escrita, lo que verdaderamente resulta difícil de numerar son las veces que los hombres nos hemos sentido abrumados por un producto tan específicamente humano como la escritura. A todo esto se añade además la paradoja de que las protestas más vehementes de las que tenemos memoria suelen proceder de escritores, es decir, de personas que con-

29

tribuyeron a aumentar la cantidad de los libros existentes.

La trama que se denuncia es, a su vez, complicada con nuevos añadidos a lo que ya se consideraba excesivo. Todo denunciante incurre en la contradicción de empeorar el estado de cosas que repudia, convirtiéndose de este modo en destinatario de su acusación.

Tan antigua como los libros es la sospecha hacia el mundo que éstos configuran, el presagio de que lo escrito es un lejano reflejo de la inmediatez oral. La enumeración de los peligros e inconvenientes de la lectura discurre en paralelo con su liberadora extensión. La autonomía conquistada por el lector ha venido acompañada por la creencia de que en la lectura palidecen la realidad y los espíritus. La historia podría ser entendida como el

---

\* Profesor titular de Historia de la Filosofía en la Universidad de Zaragoza. Doctor en Filosofía por la Universidad de Navarra, amplió sus estudios en Alemania y Suiza. Ha publicado los libros *Praxis e intersubjetividad*, *Dialéctica de la modernidad*, *Libertad como pasión*, *Hegel y el romanticismo*, *La irrealidad literaria*, *La filosofía como una de las bellas artes*. Ha traducido *Los himnos de Tubinga* de Hölderlin, *La poesía filosófica* de Schiller y *La exhortación a la vida bienaventurada* de Fichte.

eterno sucederse de la recopilación escrita del saber, el agobio ante su cantidad y su destrucción en nombre de la verdad inmediata y la creatividad.

Una y otra vez reaparece la queja ante una especie de pérdida de inmediatez, como si la causa de nuestra ignorancia fuera la complejidad del trámite al que es necesario someterse para acceder a las cosas. Esta peregrinación hacia la realidad tiene la marca paradójica de ser una lucha contra los propios instrumentos en los que habíamos confiado la adquisición y comunicación del saber. Los medios para conocer son precisamente lo que se interpone a nuestra voluntad de saber. Nos queda algo así como el recuerdo de que el saber era algo que tenía que ver con la sencillez, mientras que la complejidad ha sido siempre aliada del embuste y la ocultación. Conocer es suprimir los intermediarios; es la primera mano y la presencia inmediata. Bastaría con decir una palabra para romper ese encanto mágico de lo presente y empezar a desfigurarlo con nuestra artificialidad.

Este lamento vive de una escasa comprensión del modo como el hombre conoce las cosas, que es siempre un modo interpretado, recogido en un contexto, dicho y expresado, pero también es cierto que esas mediaciones pueden experimentarse como algo en lo que palidece una vivencia original. El desarrollo de los saberes humanos tiene mucho de esa resonancia parasitaria que suponen los textos, las interpretaciones y los comentarios respecto de algo que en un momento fue una novedad. Cualquier cosa que haya dejado de significar algo se convierte en materia de tesis doctoral. Buena parte de la investigación vive de realidades que no tienen ninguna vigencia en el presente y parece que esa insignificancia es condición de la objetividad.

**30**

Toda una industria de literatura secundaria se interpone entre nosotros y la realidad, haciendo necesaria alguna simplificación que alivie el peso que cargamos y abrevie el recorrido que nos separa de la realidad.

La antigüedad de esta queja, su presencia en culturas en las que el número de libros era —para nuestro actual criterio— bastante soportable, en las que sólo se necesitaba paciencia para reconocer los dominios del saber, cuando se consideraba incontable una cantidad de documentos ridícula si se compara con cualquiera de nuestras bases de datos, nos dice bastante acerca de su relatividad. Con esto no quiero decir que esa protesta carezca de fundamento, sino todo lo contrario: para que haya exceso basta con que alguien así lo aprecie y siempre parece haber existido un desajuste entre los saberes que alguien sabe y lo que un sujeto sabe realmente. El exceso no es una magnitud independiente; está poblada de resonancias antropológicas, es algo así como una cantidad que ha dejado de ser mera cantidad, que ha pasado por la ponderación subjetiva. Hablamos de lo que no se puede contar, de lo incalculable, pero la incapacidad corre a nuestro cargo, no es una característica de las cosas, cuya cantidad es siempre inocente.

El exceso es una cualificación relativa a una apreciación. Valora la relación entre una cantidad y nuestra incapacidad de hacernos cargo de ella en aquella medida que consideramos adecuada. La inocencia de la cantidad se trasforma en una vivencia de culpable incapacidad. Lo demasiado aparece con el filtro valorativo de la subjetividad. El exce-

so produce simétricamente unas carencias —de tiempo, de asimilación, de atención— que son las verdaderas destinatarias del malestar.

El aumento de las cosas conocidas no se traduce siempre en un incremento de nuestra familiaridad con el mundo. Es posible que la especie humana sepa cada vez más, pero eso no se traduce siempre ni necesariamente en que todos sepamos más. A veces, aun siendo verdad esto último, también ocurre que es mayor la diferencia entre el saber individual y el colectivo. Cuanto mayor es el número de cosas que se saben mayor es también el número de cosas que yo no sé y podría saber si dispusiera de un tiempo ilimitado. Es posible que aumente mi saber personal, pero también su diferencial con respecto al saber colectivo. Esta diferencia es salvada mediante la delegación implícita que los sujetos particulares hacemos de lo que podríamos denominar nuestro derecho a comprobar lo que otros —los descubridores y viajeros, los periodistas y los científicos, los testigos de diversa índole— aseguran conocer. El saber de que “se” dispone no está realmente a nuestro alcance, al menos en lo que se refiere a su acreditación como tal.

Hay muchas cosas que “se” saben, pero que no las sabe casi nadie.

El experimento mental de decidir qué libros deberíamos salvar de una catástrofe universal es más que una ficción: es una decisión necesaria y recurrente en toda cultura que produzca más de lo que se puede asimilar, o sea, en toda cultura humana, pues el hombre es por naturaleza un animal excesivo. Todos somos herederos del califa Omar II, todos compartimos la responsabilidad de haber despreciado algún libro, aunque no hayamos quemado toda la biblioteca de Alejandría declarando superfluo lo que concuerde con el Corán y dañino lo que discrepe. Y aunque en nuestro caso, el referente para declarar algo como superfluo no haya sido el Corán sino nuestra modesta carencia de tiempo.

31

La cuestión acerca de si acaso la ciencia no sea un producto inabarcable es antigua y no ha sido planteada por primera vez en la historia en virtud de los procedimientos de conservación y transmisión del saber de que ahora disponemos. El crecimiento de la cultura no es mera acumulación de datos, sino inserción de lo adquirido en unos contextos que permitan su comprensión subjetiva; su movimiento presenta, pues, esta doble estructura de ampliación y contracción, actuando lo segundo como condición de posibilidad de que se produzca nuevamente lo segundo. No es posible saber más sin haberse liberado de la sugestión de lo nuevo, sin haberlo convertido en rutina implícita. Toda diversificación es precedida y seguida por una concentración. Pero también es cierto que no hay progreso sin alguna forma de aligeramiento, bajo la forma de rutinización, abreviación o contracción. El progreso del conocimiento, además de acumular nuevos datos y ampliar el ámbito de lo que se puede conocer, también ha consistido en la invención de métodos para simplificarlo y hacerle frente.

Como aquellos programas informáticos para comprimir la información, buena parte de los avances de la humanidad han sido la abreviación de algún procedimiento complejo, han sido formas de ahorro, en el orden cognoscitivo pero también en la praxis social y en las formulaciones de deberes.

Ocasionalmente acontecen revoluciones que simplifican las cosas y reducen las distancias, se plantean nuevas exigencias de recuperación de la simplicidad, la sencillez se hace valer frente a lo artificioso. Cualquier movimiento que incluya alguna incertidumbre echa mano de mapas y planos, que son simplificaciones que favorecen la orientación en un espacio más amplio que lo conocido.

El aumento no es sinónimo de progreso si no va acompañado de su correspondiente economía de la simplificación. Un incremento sin criterio acerca de lo relevante es la causa de aquella perplejidad que resulta de la acumulación indiscriminada. Hay una serie de patologías de la exhaustividad que se siguen de la mentalidad recopiladora: no haberlo leído todo, haber olvidado algo, no empezar a ordenar los datos mientras no se disponga de todos. Esta incomodidad surge del desconocimiento de nuestra finita condición, de que no hay atención sin distracción, decisión sin interrupción de las deliberaciones. Toda reducción es discriminadora; no la hay que sea inocente o neutra. Como cualquier economía, también la economía del saber se plantea desde algún género de escasez, establece unos órdenes de relevancia.

Si tuviera que responder a la vieja cuestión acerca de qué libros llevar a una lista desierta, yo no propondría ninguno en concreto, pues eso aumentaría el exceso de libros, sino que propondría un criterio general: me llevaría aquellos que supusieran una reducción de lo relevante. Por eso incluiría necesariamente algunos libros de filosofía. La filosofía y las humanidades en general son el lugar en el que el mundo se proporciona un saber acerca de sí mismo, o sea, lo reducen de una manera justificada. Si aciertan a ofrecer indicaciones de relevancia y significación, se convierten en aliadas en el combate contra la monstruosidad de lo excesivo.

**32**

Porque, en última instancia, el exceso no es cantidad sino insignificancia, resulta siempre del amontonamiento de nimiedades disparatadas, de la reproducción de lo insignificante.